

John Searle

La revolución de Chomsky  
en lingüística

400  
517



Cuadernos ANAGRAMA

100  
100

Cuadernos ANAGRAMA

Serie: Lingüística

John Searle

La revolución de  
Chomsky en lingüística



EDITORIAL ANAGRAMA

*Título de la edición original:*

Chomsky's Revolution in Linguistics

© The New York Review of Books  
New York, 1972

*Traducción:*

Carlos Manzano

*Maqueta de la colección:*

Argente y Mumbri

Segunda edición

© EDITORIAL ANAGRAMA

Calle de la Cruz, 44

Barcelona - 17

ISBN 84-339-0354-3

Depósito Legal: B. 48317 - 1974

Printed in Spain

Gráficas Diamante, Zamora. 83, Barcelona - 5

JOHN SEARLE

LA REVOLUCION DE CHOMSKY  
EN LINGÜÍSTICA

I

A lo largo de la historia del estudio del hombre ha habido una oposición fundamental entre quienes creen que el progreso se tiene que realizar mediante una observación rigurosa del comportamiento real del hombre y quienes creen que ese tipo de observaciones son interesantes solamente en la medida en que nos revelan leyes subyacentes, ocultas y es posible que totalmente misteriosas, que solamente de forma parcial y deformada se nos revelan en el comportamiento. Freud, por ejemplo, figura en la segunda clase; la mayoría de los representantes de la ciencia social americana, en la primera.

Noam Chomsky está abiertamente con los que buscan leyes ocultas. Para él, el comportamiento lingüístico real, la *ejecución* lingüística, es solamente la cúspide de un enorme



iceberg de *competencia* lingüística, deformada por muchos factores que carecen de importancia desde el punto de vista lingüístico. De hecho, una vez señaló que la propia expresión «ciencias del comportamiento» sugiere una confusión fundamental entre prueba y tema de estudio. La psicología, por ejemplo —afirma Chomsky—, es la ciencia de la mente; llamar a la psicología ciencia del comportamiento es como llamar a la física ciencia de interpretación de las medidas. Usamos el comportamiento humano como una prueba para las leyes de las operaciones de la mente, pero suponer que dichas leyes deben ser leyes de comportamiento equivale a suponer que la prueba debe ser el tema de estudio.

En esa oposición entre la metodología de la investigación limitada a los hechos observables y la que usa los hechos observables como claves para leyes subyacentes, y ocultas, la revolución de Chomsky es doblemente interesante: en primer lugar, en el dominio de la lingüística, ha precipitado un conflicto, que es ejemplo de un conflicto más amplio; y en segundo lugar, Chomsky ha usado sus resultados sobre el lenguaje para intentar desarrollar conclusiones generales antibehavioristas y antiempiristas sobre la naturaleza de la mente humana, cuyo alcance supera los límites de la lingüística.

Su revolución ha seguido exactamente el modelo general descrito en la obra de Thomas Kuhn *The Structure of Scientific Revolutions*: la obra de Chomsky ha confrontado el modelo aceptado, o «paradigma», de la lingüística con una cantidad cada vez mayor de contraejemplos molestos y de datos recalcitrantes que el paradigma no podía explicar. Posteriormente, los contraejemplos condujeron a Chomsky a romper completamente el antiguo modelo y a crear otro enteramente nuevo. Antes de la publicación de su *Syntactic Structures* en 1957, muchos lingüistas americanos —la mayoría de ellos, probablemente— consideraban que el objetivo de su disciplina era el de clasificar los elementos de las lenguas humanas. La lingüística debía ser una especie de botánica verbal. Como escribía Hockett en 1942, «la lingüística es una ciencia clasificatoria»<sup>1</sup>.

Supongamos que un lingüista está haciendo la descripción de una lengua, ya sea exótica como el cherokee o familiar como el inglés. Lo primero que hace es recoger los «datos», reúne una gran cantidad de expresiones de dicha lengua y las graba en su magnetofón o las transcribe fonéticamente. Ese «corpus» de la lengua constituye su tema de estudio. Después clasifica los elementos del corpus en sus dife-

1. Citado en R. H. Robins, *A Short History of Linguistics* (Indiana University Press, 1967), pág. 239.

rentes niveles lingüísticos: en primer lugar clasifica las unidades sonoras, significantes y funcionales, más pequeñas: los *fonemas*; a continuación, en el nivel inmediato, los fonemas se unen en unidades significantes mínimas portadoras de significado, los *morfemas* (en español, por ejemplo, la palabra *cal* es un solo morfema compuesto de tres fonemas; la palabra *desinteresado* se compone de tres morfemas: «des», «interes» y «ado»); en el nivel siguiente los morfemas se agrupan para formar *palabras* o *clases de palabras*, como las frases nominales y las frases verbales, y en el nivel superior figuran las oraciones de clases de palabras, las *oraciones* posibles y las *oraciones-tipo*.

El objetivo de la teoría lingüística consistía en proporcionar al lingüista una serie de métodos rigurosos, una serie de procedimientos selectivos, que usaría para extraer del «corpus» los fonemas, los morfemas, etc. El estudio del significado de las oraciones o de los usos que los hablantes de la lengua hacen de las oraciones ocupaban un lugar muy pequeño en esa empresa. Se pensaba que los significados, explicados científicamente, eran modelos de comportamiento determinados por el estímulo y la respuesta: hablando con propiedad, eran la materia de estudio de los psicólogos. Alternativamente, podrían ser misteriosas enti-

dades mentales, completamente exteriores a los límites de una ciencia propiamente dicha o, peor aún, podían implicar la totalidad del conocimiento que el hablante tiene del mundo que le rodea y, por esa razón, quedaban fuera de los límites de un estudio limitado exclusivamente a los hechos lingüísticos.

La lingüística estructural, con su insistencia en los métodos objetivos de verificación y en las técnicas selectivas especificadas con precisión, con su negativa a aceptar ningún tipo de discusión sobre los significados o las entidades mentales o las características no observables, deriva de la metodología que las «ciencias del comportamiento» utilizan para el estudio del hombre y es también consecuencia en gran medida de las implicaciones filosóficas del positivismo lógico. Chomsky se formó dentro de esa tradición en la Universidad de Pennsylvania como discípulo del lingüista Zellig Harris, y del filósofo Nelson Goodman.

La obra de Chomsky es interesante en gran parte, porque, al tiempo que constituye un ataque contra la concepción del hombre implícita en las ciencias del comportamiento, dicho ataque se realiza desde dentro de la propia tradición de rigor y precisión científicos a que las ciencias del comportamiento aspiraban. Su ataque contra la concepción de que se puede describir la psicología humana poniendo en corre-

lación estímulo y respuesta no es un argumento conceptual *a priori*, menos aún es la protesta de un humanista angustiado que se resiente de verse tratado como una máquina o un animal. Más bien es la afirmación de que un análisis riguroso muestra que dichos métodos, cuando se aplican al lenguaje, lo único que producen son falsedades o trivialidades, que sus cultivadores simplemente imitaban «las características superficiales de la ciencia», sin poseer sus «contenidos intelectuales significativos».

Cuando se licenció en Pennsylvania, Chomsky intentó aplicar los métodos convencionales de la lingüística estructural al estudio de la sintaxis, pero descubrió que los métodos que aparentemente habían dado tan buenos resultados con los fonemas y los morfemas, no funcionaban muy bien en el caso de las oraciones. Cada lengua tiene un número finito de fonemas y un número finito, aunque más amplio, de morfemas. Se puede obtener una lista de cada uno de ellos; pero el número de oraciones en cualquier lengua natural, como el francés o el inglés, es, hablando propiamente, infinito. No existe límite para el número de nuevas oraciones que se pueden producir; y, siempre, se puede producir una oración más larga correspondiente a cualquier oración dada de antemano, por muy larga que ésta sea.

Más aún, los métodos estructuralistas no parecen capaces de explicar todas las relaciones internas dentro de las oraciones o las relaciones mutuas que existen entre oraciones diferentes. Por ejemplo, para citar un caso famoso, las dos oraciones inglesas *John is easy to please* («Es fácil gustar a John») y *John is eager to please* («John está deseoso de gustar») parece como si tuvieran exactamente la misma estructura gramatical. Cada una de ellas es una secuencia de *nombre-cópula-adjetivo-verbo en infinitivo*. Pero, a pesar de su semejanza superficial, sus características gramaticales son completamente diferentes. En la primera oración, aunque no resulte aparente desde el punto de vista del orden superficial de las palabras, «John» funciona como complemento directo del verbo «to please»; la oración significa: a cualquiera le resulta fácil gustar a John. Mientras que en la segunda, «John» funciona como sujeto del verbo «to please»; la oración significa: John está deseoso de gustar a cualquiera. Que ello constituye una diferencia en la *sintaxis* de dichas oraciones se desprende claramente del hecho de que el inglés nos permite construir la frase nominal *John's eagerness to please* a partir de la segunda, pero no *John's easeness to please* a partir de la primera. Dentro de las hipótesis estructuralistas no

existe forma fácil o natural de explicar esos hechos.

Otra serie de hechos sintácticos que las hipótesis estructuralistas son inadecuadas para explicar es la existencia de ciertos tipos de oraciones ambiguas, en las que la ambigüedad deriva no de las palabras en la oración, sino de la estructura sintáctica. Consideremos la oración *The shooting of the hunters is terrible*. Puede significar que es terrible que se dispare a los cazadores o que los cazadores son terribles al disparar o que se ha disparado a los cazadores de forma terrible. Otro ejemplo es *I like her cooking*. A pesar de que esta oración no contiene palabras (o morfemas) ambiguos y de que tiene una estructura gramatical superficial muy simple de nombre-verbo-pronombre posesivo-nombre, esta oración es, de hecho, muy ambigua. Puede significar, entre otras cosas, me gusta lo que ella cocina, me gusta cómo cocina ella, me gusta que ella cocine e incluso me gusta que se la esté cocinando a ella.

Ese tipo de oraciones «ambiguas sintácticamente» constituyen un caso de prueba fundamental para cualquier teoría de la sintaxis. Los ejemplos son oraciones inglesas corrientes y vulgares; no hay nada fantástico en ellas. Pero no es fácil ver la forma de explicarlas. El significado de cualquier oración va determinado

por los significados de las palabras (o morfemas) que la componen y por su disposición sintáctica. ¿Cómo podemos entonces explicar esos casos en que una oración que contiene palabras (y morfemas) no ambiguos tiene varios significados diferentes? Los lingüistas estructuralistas tienen poco o nada que decir sobre dichos casos; simplemente los ignoran. Posteriormente Chomsky se vio obligado a afirmar que dichas oraciones tienen varias estructuras sintácticas diferentes, que la estructura superficial uniforme de, por ejemplo, *I like her cooking* oculta varias estructuras subyacentes diferentes, a las que llama estructuras «profundas». La introducción del concepto de estructura profunda de las oraciones no siempre visible en la estructura superficial, es un elemento fundamental de la revolución de Chomsky y voy a explicarlo con mayor detalle más adelante.

Uno de los méritos de la obra de Chomsky ha sido que ha tratado persistentemente de llamar la atención sobre el carácter intrincado de hechos que todos tendemos a dar por supuestos en el sentido de que no necesitan explicación. De la misma forma que la física comienza con sorprenderse ante hechos tan obvios como el de que las manzanas caigan al suelo o la genética con asombrarse de que las plantas y los animales se reproduzcan, de igual



forma el estudio de la estructura del lenguaje comienza con asombrarse ante hechos tan tópicos como el de que la frase *I like her cooking* tenga diferentes significados, el de que la frase *John is eager to please* no tenga en absoluto la misma estructura que la frase *John is easy to please* y ante hechos igualmente obvios, pero pasados por alto con frecuencia, de que continuamente nos encontramos diciendo y oyendo cosas que nunca hemos dicho u oído antes y de que el número de oraciones nuevas posibles es infinito.

La incapacidad de los métodos estructuralistas para explicar hechos sintácticos de ese tipo condujo posteriormente a Chomsky a desafiarse no sólo los métodos, sino también los objetivos y, de hecho, la definición de la materia de la lingüística dados por los lingüistas estructuralistas. En lugar de un objetivo taxonómico de clasificación de elementos mediante la realización de series de operaciones a partir de un corpus de expresiones, Chomsky argumentó que el objetivo de la descripción lingüística debería ser la construcción de una teoría que explicase el número infinito de oraciones de la lengua natural. Una teoría así mostraría cuáles ristas de palabras son oraciones y cuáles no y constituiría una descripción de la estructura gramatical de cada oración.

Dichas descripciones deberían ser capaces

de explicar hechos como las relaciones gramaticales internas y las ambigüedades que hemos descrito más arriba. La descripción de una lengua natural sería una teoría deductiva formal que contendría una serie de reglas gramaticales que pudiesen generar la serie infinita de oraciones de la lengua, que no generasen nada que no fuese una oración y que constituyesen una descripción de la estructura gramatical de cada oración. Dicha teoría acabó por llamarse «gramática generativa» a causa de su finalidad de construir un procedimiento que generase todas, y solamente, las oraciones de una lengua.

Aquella concepción del objetivo de la lingüística alteró la concepción de los métodos y de la materia de estudio. Chomsky razonó que, dado que toda lengua contiene un número infinito de oraciones, cualquier «corpus», aun cuando contuviese tantas oraciones como las que hay en todos los libros de la Biblioteca del Congreso, sería trivialmente pequeño. En lugar de ser una serie de oraciones seleccionada al azar o arbitrariamente, el objeto propio de la lingüística era el conocimiento subyacente que el hablante tiene de la lengua, su «competencia lingüística», que le permite producir y comprender oraciones que nunca ha oído.

Una vez rechazada la concepción del «cor-

pus» como tema de estudio, el concepto de procedimientos mecánicos para descubrir verdades lingüísticas desaparece igualmente. Chomsky argumenta que ninguna ciencia tiene un procedimiento mecánico para descubrir la verdad en ningún caso. Más bien lo que ocurre es que el científico formula hipótesis y las verifica mediante pruebas. La lingüística no es diferente: el lingüista hace conjeturas sobre los hechos lingüísticos y los verifica mediante pruebas proporcionadas por los hablantes nativos de la lengua. En suma, dispone de un procedimiento para *valorar* hipótesis rivales, pero no de un procedimiento para descubrir teorías verdaderas mediante pruebas mecánicas.

La revolución de Chomsky se puede resumir en el siguiente cuadro:

	Estructuralismo	Gramática generativa
Tema de estudio	corpus de expresiones	el conocimiento del hablante sobre cómo producir y comprender oraciones, su competencia lingüística
Objetivo	clasificación de los elementos del corpus	especificación de las reglas gramaticales subyacentes a la construcción de las oraciones
Métodos	procedimientos para descubrir	procedimientos de valoración.

La mayor parte de dicha revolución aparecía ya presentada en el libro de Chomsky *Syntactic Structures*. Como observó un lingüista, «El extraordinario y traumático impacto de la publicación de *Syntactic Structures* por Noam Chomsky en 1957 apenas puede apreciarlo quien no viviese aquel cataclismo»<sup>2</sup>. En los años posteriores a 1957, la expansión de la revolución se hizo más rápida y más traumática a causa de ciertas características especiales de la lingüística como disciplina en los Estados Unidos. Solamente unas pocas universidades tenían un departamento separado de lingüística. Dicha disciplina era (en contraste con, digamos, la filosofía o la psicología), y sigue siendo todavía, cómoda. Los especialistas eran pocos, todos solían conocerse mutuamente; leían el mismo número, muy limitado, de revistas; se reunían, y de hecho siguen haciéndolo todavía, una vez al año en el Instituto de lingüística de verano de la Sociedad Lingüística de América donde se discuten las publicaciones y se airean las pendencias familiares en reuniones públicas.

Todo ello facilitó una rápida diseminación de las nuevas ideas y un choque dramático y visible de las opiniones en conflicto. Chomsky

2. Howard Maclay, "Overview", en D. Steinberg y L. Jakobovitz, eds., *Semantics* (Cambridge University Press, 1971), pág. 163.

no convenció en absoluto a los líderes establecidos de este dominio, pero hizo algo más importante: convenció a los estudiantes de éstos. Y se granjeó algunos discípulos vehementes, entre otros Robert Lees y Paul Postal.

La extensión de la revolución chomskyana, como la extensión de la filosofía analítica en el mismo período, constituía un ejemplo impresionante del fenómeno de los Jóvenes Turcos en la vida académica americana. Los estudiantes se convirtieron en gramáticos generativistas incluso en las facultades que tenían departamentos tradicionalistas. Todo aquello provocó también mucha pasión y animosidad, gran parte de las cuales todavía persiste. Muchos miembros de la generación anterior se aferran todavía con resentimiento a las grandes tradiciones y consideran a Chomsky y a sus «epígonos» como filisteos y vulgarizadores. Entretanto, las concepciones de Chomsky se han convertido en el saber convencional y, como Chomsky y sus discípulos de los años sesenta se están convirtiendo rápidamente en los Viejos Turcos, una nueva generación de Jóvenes Turcos (muchos de ellos figuran entre los mejores estudiantes de Chomsky) se alzan y desafían las concepciones de Chomsky con una nueva teoría de la «semántica generativa».

## II

El objetivo de la teoría lingüística expuesta por Chomsky en *Syntactic Structures* (1957) estaba destinada esencialmente a describir la sintaxis, es decir, a especificar las reglas gramaticales subyacentes a la construcción de las oraciones. En la teoría madura de Chomsky, tal como aparece expuesta en *Aspects of the Theory of Syntax* (1965), el objetivo se ha vuelto más ambiguo: explicar todas las relaciones lingüísticas entre el sistema de los sonidos y el sistema de los significados de la lengua. Para lograrlo, la «gramática» completa de una lengua, en el sentido técnico chomskyano de la palabra, debe tener tres partes: un componente *sintáctico* que genera y describe la estructura interna del número infinito de oraciones de la lengua, un componente *fonológico*, que describe la estructura sonora de las oraciones generadas por el componente sintáctico y un componente *semántico* que describe la estructura del significado de las oraciones. El núcleo de la gramática es la sintaxis: la fonología y la semántica son puramente «interpretativas», en el sentido de que describen los sonidos y los significados de las oraciones producidas por la sintaxis, pero no generan oraciones por sí mismas.

La primera tarea de la sintaxis de Chomsky

es explicar la comprensión por parte del hablante de la estructura interna de las oraciones. Las oraciones no son ristas desordenadas de palabras, más bien las palabras y los morfemas van agrupados en constituyentes funcionales, como el sujeto de la oración, el predicado, el complemento directo, etc. Chomsky y otros gramáticos pueden representar gran parte, aunque no todo, del conocimiento que el hablante tiene de la estructura interna de las oraciones con reglas llamadas reglas de «estructura de frase».

Las propias reglas son bastante sencillas de comprender. Por ejemplo, el hecho de que una oración (O) puede constar de una frase nominal (FN) seguida de una frase verbal (FV) podemos representarlo en una regla de la forma:  $O \rightarrow FN + FV$ . Y, de cara a la construcción de una teoría gramatical que genere y describa la estructura de las oraciones, podemos leer la *flecha* como una indicación para volver a escribir el símbolo situado a la izquierda como la ristra de símbolos situados a la derecha. Las reglas vueltas a escribir nos dicen que el símbolo inicial O se puede substituir por FN + FV. Igualmente, otras reglas sirven para descomponer FN y FV en sus constituyentes. Así, en una gramática muy simple una frase nominal puede constar de un artículo (Art), seguido de un nombre (N); y una frase

verbal puede constar de un verbo auxiliar (Aux), un verbo principal (V) y una frase nominal (FN). Según eso, una gramática muy simple de un fragmento de inglés podría ofrecer este aspecto:

1.  $O \rightarrow FN + FV$
2.  $FN \rightarrow Art + N$
3.  $FV \rightarrow Aux + V + FN$
4.  $Aux \rightarrow (ha, habrá, había, será, era, etc.)$
5.  $V \rightarrow (leído, comido, herido, etc.)$
6.  $Art \rightarrow (un, él, etc.)$
7.  $N \rightarrow (muchacho, hombre, libro, etc.)$

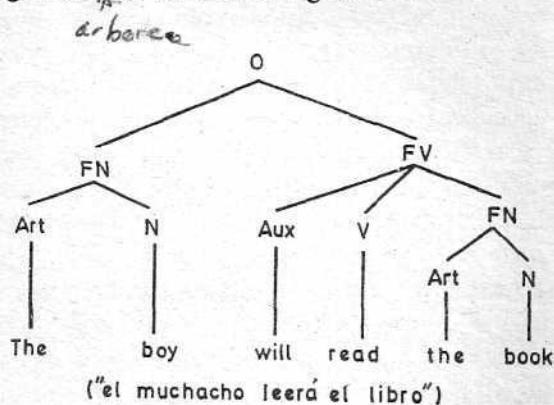
Si introducimos el símbolo inicial O en este sistema, construyendo después cada flecha como la instrucción para volver a escribir el símbolo de la izquierda con los elementos de la derecha (y en los casos en que los elementos van entre corchetes, para volverlo a escribir como uno de los elementos), podemos construir derivaciones de oraciones inglesas. Si seguimos aplicando las reglas para generar ristas hasta que no haya elementos en nuestras ristas que aparezcan en el lado izquierdo de una regla vuelta a escribir, habremos llegado a la «ristra final». Por ejemplo, empezando con O y volviendo a escribir de acuerdo con las reglas citadas más arriba, podríamos construir la siguiente derivación simple de la ristra



final subyacente a la oración inglesa *The boy will read the book* («el niño leerá el libro»):

O  
 FN + FV (por la regla 1)  
 Art + N + FV (por la regla 2)  
 Art + N + Aux + V + FN (por la regla 3)  
 Art + N + Aux + V + Art + N (por la regla 2)  
 the + boy + will + read + the + book (por las reglas 4, 5, 6 y 7).

La información contenida en esta derivación se puede representar gráficamente en tres diagramas de la forma siguiente:



Este «marcador de frase» es la representación que hace Chomsky de la sintaxis de la

oración *The boy will read the book*. Constituye una descripción de la estructura sintáctica de la oración. Reglas de la estructura de la frase del tipo de las que he usado para construir la derivación estaban implícitas en algunos, por lo menos, de los gramáticos estructuralistas; pero Chomsky fue el primero que las explicitó y mostró el papel que desempeñan en la derivación de las oraciones. Naturalmente no afirma que un hablante pasa consciente o inconscientemente por ningún proceso de ese tipo, de aplicar reglas de la forma «volver a escribir X como Y», para construir oraciones. Interpretar la descripción del gramático de esa forma equivaldría a confundir una explicación de la competencia con una teoría de la ejecución.

Pero Chomsky sí que afirma que, de una forma o de otra, el hablante ha «interiorizado» reglas de construcción de frases, que tiene un conocimiento «tácito» o «inconsciente» de las reglas gramaticales y que las reglas de estructura de frase construidas por el gramático «representan» su competencia. Una de las principales dificultades de la teoría de Chomsky es que nunca se ha dado una respuesta clara y precisa a la cuestión de cómo exactamente se supone que la explicación del gramático sobre la construcción de las oraciones representa la capacidad del hablante para hablar y compren-

der oraciones y en qué sentido preciso de «conocer» se supone que el hablante conoce las reglas de la gramática.

Como ya he dicho, las reglas de estructura de la frase estaban ya implícitas en algunos, por lo menos, de los gramáticos estructuralistas a los que Chomsky atacaba en *Syntactic Structures*. Una de sus primeras afirmaciones era la de que dichas reglas, incluso en un modelo deductivo riguroso y formalizado, como el que acabamos de describir, no eran adecuadas para explicar los hechos sintácticos de las lenguas naturales. La primera cuña de su ataque contra el estructuralismo era la afirmación de que las reglas de estructura de frase por sí solas no podían explicar las diferentes clases de casos como *I like her cooking* y *John is eager to please*.

En primer lugar, dentro de esa gramática no existe una forma natural de describir las ambigüedades en una frase como *I like her cooking*. Las reglas de estructura de la frase por sí solas aportarían solamente una derivación para dicha oración; pero, como la oración es ambigua sintácticamente, la gramática debería reflejar ese hecho aportando varias derivaciones sintácticas diferentes y, por tanto, varias descripciones sintácticas diferentes.

En segundo lugar, las gramáticas de estructura de frase carecen de medios para des-

cribir las diferencias entre *John is easy to please* y *John is eager to please*. Aunque las oraciones son diferentes sintácticamente, las reglas de estructura de frase por sí solas darían marcadores de frase semejantes para ambos casos.

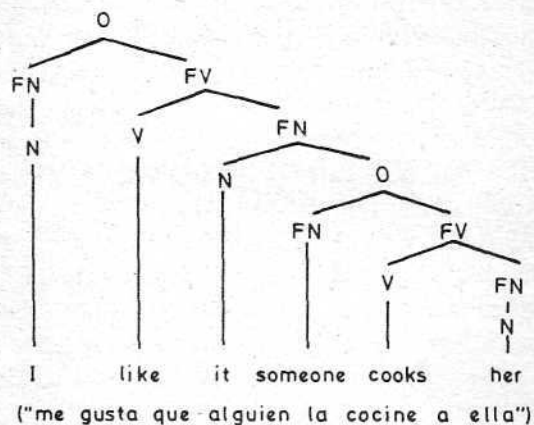
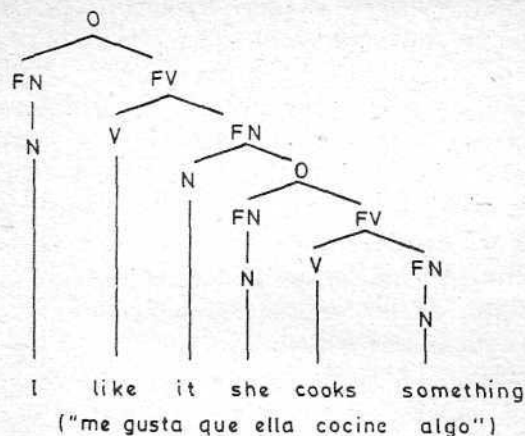
En tercer lugar, igual que en los ejemplos citados más arriba, las semejanzas superficiales ocultan semejanzas subyacentes. Por ejemplo, a pesar del diferente orden de palabras y de la añadidura de algunos elementos, la oración *The book will be read by the boy* y la oración *The boy will read the book* tiene mucho en común: ambas significan lo mismo, la única diferencia es que una está en voz pasiva y la otra en voz activa. Las gramáticas de estructura de frase por sí solas no nos proporcionan un medio para describir dicha semejanza. Nos darían dos descripciones de esas dos oraciones que no tendrían ninguna relación entre sí.

Para explicar esos hechos Chomsky afirma que, además de las reglas de la estructura de la frase, la gramática requiere un segundo tipo de reglas, reglas «transformacionales», que transforman los marcadores de frase en otros marcadores de frase mediante el cambio de lugar de unos elementos, y la añadidura y eliminación de otros. Por ejemplo, usando las reglas transformacionales de Chomsky, podemos mostrar la semejanza entre la voz pasiva y la

activa, al mostrar cómo un marcador de frase de la voz activa se puede convertir en un marcador de frase de la voz pasiva. Así, en lugar de generar dos marcadores de frase sin relación entre sí mediante reglas de estructura de la frase, podemos construir una gramática más simple mostrando cómo tanto la activa como la pasiva pueden derivarse del mismo marcador de frase subyacente.

Para explicar oraciones como *I like her cooking* mostramos que estamos no ante un solo marcador de frase, sino ante varias oraciones subyacentes diferentes, cada una de ellas con un significado diferente, y los marcadores de frase de esas oraciones diferentes se pueden transformar todos en un marcador de frase de *I like her cooking*. Así, subyacentes a la oración única *I like her cooking*, hay marcadores de frase de *I like what she cooks* («me gusta lo que ella cocina»), *I like the fact that she cooks* («me gusta que ella cocine»), etc. Por ejemplo, subyacentes a los dos significados, *I like what she cooks* («me gusta lo que ella cocina») y *I like that she is being cooked* («me gusta que se la esté cocinando a ella») hay los dos marcadores de frase<sup>3</sup>:

3. No todos los gramáticos estarían de acuerdo en que éstos son exactamente los marcadores de frase correctos para estos dos ejemplos. Mi intención en este caso es solamente ilustrar cómo diferentes marcadores de frase pueden representar significados diferentes.



~~Cada una de esas~~ reglas transformacionales diferentes convergen en el mismo marcador de frase de la oración *I like her cooking*. Así, la ambigüedad en la oración va representada en la gramática por marcadores de frase de varias oraciones completamente diferentes. Diferentes marcadores de frase producidos por las reglas de estructura de frase se transforman en el mismo marcador de frase mediante la aplicación de las reglas transformacionales.

A causa de la introducción de las reglas transformacionales, las gramáticas del tipo de la de Chomsky reciben con frecuencia el nombre de «gramáticas transformacionales generativas» o simplemente «gramáticas transformacionales». A diferencia de las reglas de estructura de frase que se aplican a un solo elemento del lado izquierdo en virtud de su forma, las reglas transformacionales se aplican a un elemento solamente en virtud de su posición en un marcador de frase: en lugar de volver a escribir un elemento como una ristra de elementos, una regla transformacional proyecta un marcador de frase en otro. Por consiguiente, las reglas transformacionales se aplican después de haberse aplicado las reglas de estructura de la frase; operan sobre el resultado de las reglas de estructura de frase de la gramática.

Correspondientes a las reglas de estructura

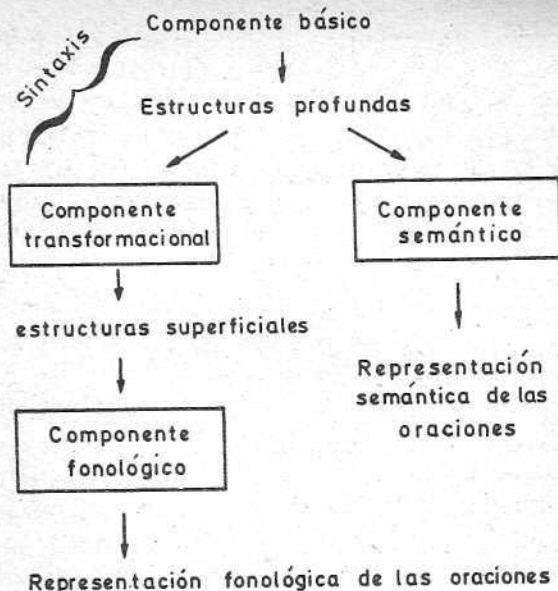
de frase y a las reglas transformacionales respectivamente, hay dos componentes de la sintaxis de la lengua, un *componente básico* y un *componente transformacional*. El componente básico de la gramática de Chomsky contiene las reglas de estructura de frase y éstas (junto con ciertas reglas que muestran cuáles combinaciones de palabras son permisibles, de forma que no obtengamos secuencias sin sentido como *The book will read the boy* [«el libro leerá al muchacho»]) determinan la *estructura profunda* de cada oración. El componente transformacional convierte la estructura profunda de la frase en su *estructura superficial*. En el ejemplo que acabamos de estudiar *The book will be read by the boy* («el libro será leído por el muchacho») y la oración *The boy will read the book* («el muchacho leerá el libro»), dos estructuras superficiales se derivan de una sola estructura profunda. En el caso de *I like her cooking*, una estructura superficial se deriva de varias estructuras profundas diferentes.

En el momento de la publicación de *Aspects of the Theory of Syntax* parecía que todas las partes de importancia semántica de la oración, todo lo que determina su significado, iban contenidas en la estructura profunda de la oración. Los ejemplos que hemos citado más arriba encajan exactamente con esa con-



cepción. *I like her cooking* tiene diferentes significados, porque tiene diferentes estructuras profundas, aunque una sola estructura superficial; *The boy will read the book* y *The book will be read by the boy* tienen diferentes estructuras superficiales, pero una sola, y la misma, estructura profunda, de ahí que tengan el mismo significado.

Ello produjo una teoría muy elegante de la relación de la sintaxis con la semántica y la fonología; los dos componentes de la sintaxis, el componente básico y el componente transformacional, generan estructuras profundas y estructuras superficiales respectivamente. Las estructuras profundas son el contenido del componente semántico, que describe su significado. Las estructuras superficiales son el contenido del componente fonológico, que describe su sonido. En suma, la estructura profunda determina el significado, la estructura superficial determina el sonido. Gráficamente, se suponía que la teoría de una lengua debía ofrecer este aspecto:



La tarea del gramático consiste en exponer las reglas que hay en cada una de esas casillas. Se supone que dichas reglas representan la competencia del hablante. Al conocer la forma de producir y comprender oraciones, se supone que, de alguna forma, el hablante conoce o ha «interiorizado» o tiene una «representación interiorizada» de dichas reglas.

La elegancia de este cuadro se ha visto desfigurada en años recientes, en parte a causa del propio Chomsky, que ahora admite que las

estructuras superficiales determinan por lo menos parte del significado, y de forma más radical por los Turcos más jóvenes, los semantistas generativistas, quienes insisten en que no hay fronteras entre la sintaxis y la semántica y que, por tanto, no existen esas entidades llamadas estructuras sintácticas profundas.

### III

Vista como un ataque contra los métodos y las hipótesis de la lingüística estructural, a muchos de sus estudiantes les parece que la revolución de Chomsky no es suficientemente revolucionaria. Chomsky ha heredado y conservado de su formación estructuralista el convencimiento de que la sintaxis puede y debe estudiarse independientemente de la semántica; de que la forma debe caracterizarse independientemente del significado. En época tan temprana como la de la publicación de *Syntactic Structures* argumentaba ya que «la investigación de tales propuestas [semánticas] conduce inevitablemente a la conclusión de que sólo una base puramente formal puede aportar un fundamento firme y productivo para la construcción de la teoría gramatical»<sup>4</sup>.

4. Noam Chomsky, *Syntactic Structures* (Mouton Co., 1957), pág. 100.

Los estructuralistas temían la intrusión de la semántica en la sintaxis porque el significado parecía un concepto demasiado vaporoso y acientífico como para usarlo en una ciencia del lenguaje rigurosa. Parte de esa actitud parece sobrevivir en la persistente preferencia de Chomsky por las explicaciones sintácticas de los fenómenos lingüísticos, en detrimento de las semánticas. Pero, según creo, el deseo de mantener la independencia de la sintaxis arranca de un compromiso filosófico más profundo: para Chomsky, el hombre es esencialmente un animal sintáctico. La estructura de su cerebro determina la estructura de su sintaxis y, por esa razón, el estudio de la sintaxis es una de las claves, quizá la clave más importante, para el estudio de la mente humana.

Naturalmente, diría Chomsky, es cierto que los hombres usan sus objetos sintácticos con fines semánticos (es decir, hablan con sus oraciones), pero los fines semánticos no determinan la *forma* de la sintaxis, ni la influyen siquiera en ninguna forma significativa. Por estar la forma sólo casualmente en relación con la función es por lo que el estudio del lenguaje constituye una forma tan maravillosa de estudiar la mente humana.

Es importante insistir en cuán peculiar y excéntrica es la aproximación general de Chomsky al lenguaje. La mayoría de los co-

mentaristas favorables han quedado tan deslumbrados por los resultados en sintaxis, que no han notado hasta qué punto gran parte de dicha teoría se opone a las hipótesis ordinarias, plausibles y de sentido común sobre el lenguaje. La descripción del lenguaje humano propia del sentido común es, más o menos, la siguiente. El objetivo del lenguaje es la comunicación, de la misma forma en gran medida que el objetivo del corazón es mover la sangre. En ambos casos es posible estudiar la estructura independientemente de la función, pero resulta perverso y sin sentido hacer eso, dado que estructura y función se influyen mutuamente de forma tan obvia. Comunicamos en primer lugar con otra gente, pero también con nosotros mismos. Las lenguas humanas figuran entre varios sistemas de comunicación humana (otros son los gestos, los sistemas de símbolos y el arte figurativo), pero el lenguaje tiene un poder comunicativo inconmensurablemente mayor que el de los demás.

No sabemos cómo se desarrolló el lenguaje en la prehistoria, pero resultaba de todo punto razonable suponer que las necesidades de comunicación influyeron en la estructura. Por ejemplo, las reglas transformacionales facilitan la economía y por eso tienen valor de supervivencia: no necesitamos decir *I like that she cooks in a certain way* («me gusta la for-

ma determinada en que cocina»), podemos decir simplemente *I like her cooking* («me gustan sus guisos»). Pagamos un precio muy pequeño por esas economías con el hecho de tener ambigüedades, pero el hecho de que existan dichas ambigüedades no estorba mucho la comunicación, porque cuando la gente habla el contexto suele eliminar las ambigüedades. También las transformaciones facilitan la comunicación al permitirnos poner énfasis sobre ciertas cosas a expensas de otras: podemos decir no sólo: *Bill loves Sally* («Bill ama a Sally»), sino también *It is Billy that loves Sally* («Es Bill quien ama a Sally») y *It is Sally that Bill loves* («Es a Sally a quien Bill ama»). En general, la comprensión de los hechos sintácticos requiere la comprensión de su función en la comunicación, dado que la cuestión del lenguaje es una cuestión de comunicación enteramente.

La descripción de Chomsky, por otro lado, parece ser algo así: excepto por el hecho de tener fines objetivos generales como el de la expresión de los pensamientos humanos, el lenguaje no tiene ningún tipo de finalidad esencial o, si la tiene, no existe conexión interesante entre su finalidad y su estructura. Las estructuras sintácticas de las lenguas humanas son los productos de características innatas de la mente humana y no tienen conexión sig-

nificativa con la comunicación, aunque, naturalmente, la gente las usa para, entre otros objetivos, el de la comunicación. El hecho esencial con respecto a las lenguas, su rasgo definitorio, es su estructura. El llamado «lenguaje de las abejas», por ejemplo, no es un lenguaje en absoluto, porque carece de la estructura adecuada y el hecho de que, por lo que se ve, las abejas lo usen para comunicar carece de importancia. Si los seres humanos evolucionasen hasta el punto de usar para la comunicación formas sintácticas completamente diferentes de las formas de que ahora disponemos y fuesen más allá de los límites de nuestra comprensión, en ese caso los seres humanos habrían dejado de disponer del lenguaje, dispondrían de algo diferente.

Para Chomsky la lengua se define por la estructura sintáctica (no por el uso de la estructura en la comunicación) y la estructura sintáctica está determinada por propiedades innatas de la mente humana (no por las necesidades de la comunicación). De acuerdo con esta descripción de la lengua, no es sorprendente que la principal contribución de Chomsky haya sido la que ha hecho a la sintaxis. Los resultados semánticos que él y sus colegas han logrado han sido triviales hasta ahora.

Muchos de los mejores estudiantes de Chomsky consideran que esa descripción del

lenguaje no es plausible y que la teoría lingüística que de ella se desprende es innecesariamente pesada. Arguyen que uno de los factores fundamentales que dan forma a la estructura sintáctica es la semántica. Incluso una noción como la de «oración gramaticalmente correcta» u oración «bien construida», afirman, requiere la introducción de conceptos semánticos. Por ejemplo, la oración *John called Mary a Republican and then SHE insulted HIM* («John llamó a Mary republicana y entonces ELLA le insultó a ÉL») <sup>5</sup> es una oración bien construida solamente si suponemos que los participantes consideran insultante que le llamen a uno republicano.

De la misma forma en gran parte como en otro tiempo argumentó Chomsky que los estructuralistas no podían ajustar fácilmente los hechos sintácticos con la lengua, de igual forma los semantistas generativistas argumentan que su sistema no puede explicar cómodamente los hechos de la interpenetración de la semántica y de la sintaxis. No hay unanimidad entre los críticos de Chomsky —Ross, Postal, Lakoff, McCawley, Fillmore (algunos de éstos figuran entre sus mejores estudiantes)— pero generalmente coinciden en que la sintaxis y la

5. Distinto de *John called Mary beautiful and then she INSULTED him* ("John llamó bonita a Mary y entonces ella le INSULTÓ a él").



semántica no se pueden separar tajantemente y que, por tanto, no hay necesidad de postular la existencia de estructuras profundas puramente sintácticas.

Quienes se llaman a sí mismos semantistas generativistas creen que el componente generativo de una teoría lingüística no es la sintaxis, como aparece en los diagramas citados más arriba, sino la semántica, que la gramática comienza con una oración y después genera las estructuras sintácticas mediante la introducción de reglas sintácticas y de reglas léxicas. De esa forma, la sintaxis se convierte en una simple colección de reglas para expresar el significado.

Es demasiado pronto para zanjar el conflicto entre la sintaxis generativa de Chomsky y la nueva teoría de la semántica generativa, en parte porque en el momento actual los argumentos son muy confusos. El propio Chomsky piensa que no hay material para una conclusión porque sus críticos solamente han parafraseado su teoría en una nueva terminología<sup>6</sup>.

Pero está claro que gran parte de la visión general chomskyana del lenguaje depende de la conclusión que se dé a la cuestión de si exis-

te algo como la estructura sintáctica profunda. Chomsky argumenta que si la estructura profunda no existiese, la lingüística como estudio sería mucho menos interesante, porque en ese caso no se podría deducir a partir de la sintaxis la estructura de la mente humana, lo que para Chomsky constituye el interés principal de la lingüística. Yo creo, en cambio, que si los semantistas generativistas tienen razón (y está absolutamente claro que la tienen) en que no existe frontera entre la sintaxis y la semántica y, por tanto, tampoco existen estructuras sintácticas profundas, la lingüística sería, si acaso, más interesante incluso, porque entonces podríamos comenzar la investigación sistemática del modo en que forma y función se influyen mutuamente, de cómo se influyen mutuamente el uso y la estructura, en lugar de suponer arbitrariamente que no lo hacen, como Chomsky ha tendido a suponer tantas veces.

Una de las ironías de la revolución de Chomsky es que el autor de la revolución ocupa ahora una posición minoritaria en el movimiento que creó. La mayoría de la gente que trabaja activamente en la gramática generativa considera que la posición de Chomsky ha quedado anticuada por los diferentes argumentos referentes a la interacción entre sintaxis y semántica. Los estructuralistas de la vieja escuela a los que Chomsky atacó originalmente

6. Cf., por ejemplo, Noam Chomsky, "Deep Structure, Surface Structure, and Semantic Interpretation", en D. Steinberg y L. Jakobovitz, eds., *Semantics* (Cambridge University Press, 1971).

contemplan deleitados esa revolución dentro de la revolución frotándose las manos de alegría al ver a sus adversarios luchando entre sí. «Esos gramáticos trasformacionistas tienen graves problemas» me dijo un «veterano» de la vieja escuela. Pero los tradicionalistas se equivocan al considerar la lucha como un apoyo para su posición. El conflicto se está produciendo enteramente dentro de un sistema conceptual que Chomsky creó. Sea quien sea el ganador, el perdedor será el antiguo estructuralismo.

#### IV

La conclusión más espectacular sobre la naturaleza de la mente humana que Chomsky saca de su trabajo en lingüística es la de que sus resultados reivindican las afirmaciones de los filósofos racionalistas del siglo XVII, Descartes, Leibniz y otros, de que existen ideas innatas en la mente. Los racionalistas afirman que el conocimiento que los seres humanos tienen no procede de la experiencia, sino que es anterior a cualquier experiencia y determina la forma del conocimiento que se puede obtener a partir de la experiencia. Por el contrario, la tradición empirista, desde Locke hasta

las teorías del aprendizaje de los teóricos behavioristas contemporáneos, ha tendido a tratar la mente como una *tabula rasa*, que no contiene conocimiento anterior a la experiencia y no condiciona las formas del posible conocimiento, excepto por el hecho de que deben derivar de la experiencia mediante mecanismos como la asociación de ideas o la habitual conexión de estímulo y respuesta. Para los empiristas todo el conocimiento procede de la experiencia, para los racionalistas parte del conocimiento está implantado de forma innata y antes de cualquier experiencia. En sus momentos de mayor obcecación, Chomsky afirma haber refutado a los empiristas y reivindicado a los racionalistas.

Su argumentación se centra en torno a la forma en que los niños aprenden el lenguaje. Supongamos que aceptamos que la explicación de la estructura de las lenguas naturales que hemos dado en la sección II de este artículo es correcta. En ese caso, la gramática de una lengua natural constará de una serie de reglas de estructura de frase que generan marcadores de frase subyacentes, una serie de reglas transformacionales que proyectan las estructuras profundas en las estructuras superficiales, una serie de reglas fonológicas que dan interpretaciones fonéticas de las estructuras superficiales, etcétera. Ahora bien, pregunta

Chomsky, si todo esto es parte de la competencia lingüística del niño, ¿cómo lo adquiere? Es decir, ¿cómo adquiere el niño al aprender a hablar, esa parte del saber cómo hablar que describe la gramática y que constituye su competencia lingüística?

Obsérvense, dice Chomsky, varias características de la situación del aprendizaje: la información que recibe el niño —cuando otras personas se dirigen a él o cuando las oye hablar entre sí— es de cantidad limitada, fragmentaria e imperfecta. No parece que pueda haber forma de que el niño aprenda la lengua simplemente mediante generalización a partir de sus inadecuadas experiencias, a partir de las expresiones que oye. Más aún, el niño adquiere el lenguaje a edad muy temprana, antes de que sus facultades intelectuales generales se hayan desarrollado.

En realidad, la capacidad de aprender una lengua depende de la inteligencia y de la motivación sólo marginalmente: tanto los niños estúpidos como los niños inteligentes, los niños motivados como los niños no motivados aprenden a hablar su lengua materna. Si un niño no ha aprendido su primera lengua en el momento de la pubertad, es difícil, y quizás imposible, que aprenda una después. La enseñanza formal de la primera lengua es innecesaria: puede que el niño tenga que ir a la escuela para

aprender a leer y a escribir, pero no tiene que ir a la escuela para aprender a hablar.

Ahora bien, a pesar de todos estos hechos, afirma Chomsky, el niño que aprende su primera lengua, realiza una hazaña intelectual notable: al «interiorizar» la gramática hace algo semejante a la construcción de una teoría de la lengua. La única explicación para esos hechos, dice Chomsky, es la de que la mente no es una *tabula rasa*, sino que más bien el niño tiene ya construida en su mente la forma de la lengua antes de que aprenda a hablar. El niño dispone de una gramática universal, por decirlo así, programada en su cerebro como parte de su herencia genética. En las versiones más ambiciosas de esta teoría, Chomsky habla del niño como nacido «con un conocimiento perfecto de la gramática universal, esto es, con un esquema fijo que usa..., al adquirir la lengua»<sup>7</sup>. Un niño puede aprender cualquier lengua humana a partir de una información muy imperfecta. Si ese es el caso, debe disponer de las formas que son comunes a todas las lenguas humanas como parte de su dotación mental innata.

Como prueba adicional en apoyo de una «*faculté de langage*» específicamente humana,

7. Noam Chomsky, "Linguistics and Philosophy", en S. Hook, ed., *Language and Philosophy* (NYU Press, 1969), pág. 88.

Chomsky señala que los sistemas de comunicación animal son radicalmente diferentes de las lenguas humanas. Los sistemas animales tienen solamente un número finito de recursos comunicativos y suelen estar controlados por ciertos estímulos. En cambio, las lenguas humanas tienen todas una capacidad generativa infinita y no se puede predecir la emisión de las oraciones a partir de estímulos exteriores. Ese «aspecto creativo del uso del lenguaje» es peculiarmente humano.

Un argumento tradicional contra la existencia de una facultad innata para el aprendizaje del lenguaje es el hecho de que las lenguas humanas sean tan diferentes. Las diferencias entre el chino, el nootka, el húngaro y el inglés, por ejemplo, son tan grandes como para destruir la posibilidad de una gramática universal y, por tanto, las lenguas solamente se pueden aprender mediante una inteligencia general, no mediante un procedimiento innato para el aprendizaje del lenguaje. Chomsky ha intentado volver ese argumento a su favor: a pesar de las diferencias superciciales, todas las lenguas humanas tienen estructuras subyacentes muy semejantes; todas ellas tienen oraciones y dichas oraciones se componen de frases nominales como sujeto y de frases verbales como predicado, etc.

Con esto Chomsky hace dos afirmaciones.

En primer lugar, la afirmación, de tipo histórico, de que sus concepciones sobre el lenguaje estaban prefiguradas por los racionalistas del siglo XVII, especialmente Descartes. En segundo lugar, la afirmación teórica de que la teoría empirista del aprendizaje no puede explicar la adquisición del lenguaje. Ambas afirmaciones son más delicadas de lo que sugiere. Descartes afirmó efectivamente que tenemos ideas innatas, como la idea de triángulo o la idea de perfección o la idea de Dios. Pero no conozco ningún pasaje en la obra de Descartes que permita sugerir que éste pensaba que la sintaxis de las lenguas naturales era innata. Por el contrario, parece que Descartes pensaba que el lenguaje es arbitrario; pensaba que relacionamos las palabras con nuestras ideas de forma arbitraria. Para Descartes, los conceptos son innatos, en tanto que el lenguaje es arbitrario y adquirido. Más aún, Descartes no autoriza la posibilidad de un conocimiento *inconsciente*, un concepto que es crucial en el sistema de Chomsky. Chomsky cita correctamente la afirmación de Descartes de que el uso creativo del lenguaje distingue al hombre de los animales inferiores. Pero eso, por sí mismo, no apoya la tesis de que Descartes es un precursor de la teoría de Chomsky de las ideas innatas.

De hecho las posiciones son crucialmente diferentes. Descartes pensaba que el hombre era



esencialmente un animal que usa el lenguaje y que asigna arbitrariamente etiquetas verbales a un sistema de conceptos innato. Como ya hemos observado anteriormente, Chomsky piensa que el hombre es esencialmente un animal sintáctico que produce y comprende oraciones en virtud de la posesión de un sistema de gramática, conformado de varios modos posibles por las diferentes lenguas humanas en las que se ha aplicado. Una analogía mejor que la de Descartes es la de Leibniz, quien afirmó que las ideas innatas están en nosotros de la forma en que la estatua está ya prefigurada en un bloque de mármol. En un pasaje que Chomsky cita con frecuencia, Leibniz hace:

«...la comparación de un bloque de mármol que tiene vetas, mejor que con un bloque de mármol completamente uniforme, o que con losas blancas, por ejemplo, con lo que los filósofos llaman una tabula rasa. Pues, si el alma se pareciese a esas losas blancas, la verdad estaría en nosotros como la figura de Hércules está en el mármol, cuando el mármol es completamente indiferente a la recepción de esa figura o de cualquier otra. Pero, si hubiese vetas en el bloque, que indicasen la figura de Hércules más que otras figuras, dicho bloque estaría determinado para eso, y Hércules estaría en él en cierto sentido como innato, aunque sería nece-

sario labrar para descubrir dichas vetas, aclararlas puliéndolo y separando lo que les impide aparecer. Así, las ideas y las verdades son innatas en nosotros, como inclinaciones, disposiciones, hábitos o potencialidades naturales, y no como acciones, si bien dichas potencialidades siempre van acompañadas de algunas acciones, muchas veces insensibles que corresponden a ellas»<sup>8</sup>.

Pero, si el modelo correcto para el concepto de ideas innatas es el bloque de mármol que contiene la figura de Hércules como «disposición», «inclinación» o «potencialidad natural», entonces, por lo menos parte de la controversia entre Chomsky y los teóricos empiristas del aprendizaje se disolverá como una niebla espesa en una mañana calurosa. Algunos de los más apasionados partidarios de las teorías empiristas y behavioristas del aprendizaje están dispuestos a conceder que el niño tiene capacidades innatas para aprender en el sentido de que tiene disposiciones, inclinaciones y potencialidades naturales innatas. De la misma forma que el bloque de mármol tiene la capacidad innata de convertirse en un estatua, así también el niño tiene la capacidad innata de aprender. W. V. Quine, por ejemplo, en su respuesta

8. G. Leibniz, *New Essays Concerning Human Understanding* (Open Court, 1945), págs. 45-46.

a la hipótesis de Chomsky sobre el carácter innato arguye: «El behaviorista acepta conscientemente y de buen grado el carácter innato, de los mecanismos de la disposición a aprender». De hecho, afirma Quine, «las tendencias y las disposiciones innatas son la piedra angular del behaviorismo»<sup>9</sup>.

Si el carácter innato es la piedra angular del behaviorismo, ¿qué queda de la controversia? A pesar, incluso, de todas esas renunciadas ecuménicas por parte de los behavioristas hasta el punto de reconocer que, naturalmente, el behaviorismo y el empirismo requieren mecanismos innatos para hacer funcionar los modelos de estímulo-respuesta, sigue quedando un núcleo sólido de desacuerdo genuino: Chomsky no argumenta simplemente que el niño debe tener «tendencias» y «disposiciones para aprender», sino también que tiene que tener una serie *específica* de mecanismos lingüísticos en funcionamiento. Las afirmaciones de los behavioristas de que las estrategias generales del aprendizaje están basadas en mecanismos de asimilación, tratamiento de la información, analogía, etc., no van a ser suficientes. Hay que postular una facultad del lenguaje innata para explicar el hecho de que el niño obtiene la gra-

9. W. V. O. Quine, "Linguistics and Philosophy", en S. Kook, ed., *Language and Philosophy* (NYU Press, 1969), págs. 95-96.

mática corecta a partir de su recepción del lenguaje.

El centro de la argumentación de Chomsky es que el núcleo sintáctico de cualquier lengua es tan complicado y tan específico en su forma, a diferencia de otros tipos de conocimiento, que ningún niño podría aprenderlo, si no tuviese ya programada en su cerebro la forma de la gramática, es decir, si no tuviese un «conocimiento perfecto de la gramática universal». Dado que, en el estado actual de la neurología, no hay forma de verificar dicha hipótesis mediante la inspección del cerebro, la prueba para la conclusión sigue teniendo que basarse enteramente en los hechos de la gramática. Para hacer frente a esa argumentación, los anti-chomskyanos tendrían que proponer una gramática más simple que explicase la capacidad del niño para aprender una lengua y la competencia lingüística en general. Ningún defensor de la teoría tradicional del aprendizaje lo ha hecho hasta ahora (aunque los gramáticos generativistas afirman efectivamente que su explicación de la competencia es mucho más simple que el diagrama que hemos representado más arriba en la Sección II).

El teórico behaviorista y empirista que admite la complejidad de la gramática se enfrenta con un dilema: o bien se apoya solamente en los mecanismos de estímulo-respuesta, en

cuyo caso no puede explicar la gramática, o bien admite, como hace Quine, que existen mecanismos innatos que permiten al niño aprender la lengua. Pero, desde el momento en que dichos mecanismos son suficientemente ricos como para explicar la complejidad y especificidad de la gramática, la parte de la teoría referente al estímulo-respuesta, que se suponía que era su núcleo, pierde interés; pues el interés que ahora tiene todavía procede enteramente de su capacidad para poner en funcionamiento los mecanismos innatos que son ahora el elemento crucial de la teoría del aprendizaje. En cualquier caso, el behaviorista no puede presentar una réplica eficaz a los argumentos de Chomsky.

## V

El elemento más débil de la gramática de Chomsky es el componente semántico, como él mismo ha admitido repetidas veces<sup>10</sup>. Pero, mientras que él cree que el componente semántico sufre de varias limitaciones técnicas me-

10. Soy un poco reacio a atribuir el componente semántico a Chomsky, dado que la mayoría de sus características las han formulado sus colegas del M.I.T. y no él; no obstante, como lo incorpora por entero como parte de su gramática, voy a considerarlo como tal.

nores, por mi parte pienso que es radicalmente inadecuado, que la teoría del significado que implica es demasiado pobre como para permitir a la gramática alcanzar su objetivo de explicar todas las relaciones entre sonido y significado.

La mayoría, aunque no todas, de las teorías del significado lanzadas en los siglos pasados desde Locke hasta Chomsky y Quine pecan exactamente de la misma falacia. Podemos poner dicha falacia en la forma de un dilema para la teoría: o bien el análisis del significado en sí mismo contiene algunos de los elementos fundamentales del concepto que hay que analizar, en cuyo caso el análisis falla por su carácter circular, o bien el análisis reduce lo que hay que analizar a elementos más simples que carecen de las características fundamentales en cuyo caso el análisis falla por insuficiencia.

Antes de aplicar ese esquema de Chomsky, veamos cómo funciona en el caso de una teoría simple del significado como la que encontramos en los filósofos empiristas clásicos, Locke, Berkeley y Hume. Todos esos grandes empiristas británicos pensaban que las palabras obtienen su significado ocupando el lugar de las ideas en la mente. Una oración como *La flor es roja* obtiene su significado del hecho de que cualquiera que entienda la oración reunirá en su mente una idea de flor con una idea de rojo.

Históricamente hubo varias discusiones sobre los detalles de dicha teoría (por ejemplo, ¿eran las ideas, cuyo lugar ocupaban las palabras generales, ideas generales también o ideas particulares que se hacían «generales en su representación»? ). Pero todo el mundo aceptaba las líneas generales de la teoría. Comprender una oración es asociar ideas en la mente con términos descriptivos en dicha oración.

Pero inmediatamente la teoría se enfrenta con una dificultad. ¿Qué es lo que convierte a las ideas en la mente en un *juicio*? ¿Qué es lo que convierte la secuencia de imágenes en una representación del *acto lingüístico por el que se afirma* que la flor es roja? De acuerdo con la teoría, en primer lugar, tengo la idea de una flor, y después tengo una idea de lo rojo. Hasta aquí la secuencia es simplemente una secuencia de imágenes desconectadas y no forma el juicio de que la flor es roja, que es lo que se expresa en la oración. Puedo suponer que las ideas llegan a alguien que comprende la oración en la forma de un juicio, que son algo en conexión para representar el acto lingüístico por el que se afirma que la flor es roja, en cuyo caso nos encontramos ante el primer brazo de nuestro dilema y la teoría es circular, dado que emplea algunos de los elementos fundamentales del concepto de significado para el intento de explicar el significado.

O, por otro lado, si no supongo que las ideas llegan en la forma de un juicio, entonces tengo solamente una secuencia de imágenes en mi mente y no la característica fundamental de la oración original, a saber, el hecho de que la oración *dice* que la flor es roja, en cuyo caso nos encontramos ante el segundo brazo de nuestro dilema y el análisis falla, porque es inadecuado para explicar el significado de la oración.

La teoría semántica de la gramática generativa de Chomsky incurre exactamente en la misma falacia. Para mostrarlo, voy a dar un esbozo de lo que se supone que la teoría hace. De igual forma que se supone que el componente sintáctico de la gramática describe la competencia sintáctica del hablante (su conocimiento de la estructura de las oraciones) y el componente fonológico se supone que describe su competencia fonológica (su conocimiento de cómo suenan las oraciones de su lengua), de igual forma se supone que el componente semántico describe la competencia semántica del hablante (su conocimiento de lo que significan las oraciones y cómo significan lo que significan).

El componente semántico de la gramática de una lengua incluye la teoría semántica de dicha lengua. Consiste en una serie de reglas que determinan los significados de las oraciones de la lengua. Opera sobre la hipótesis, se-



guramente correcta, de que el significado de una oración va determinado por el significado de todos los elementos significativos de la oración y por su combinación sintáctica. Puesto que dichos elementos y su disposición van representados en la estructura profunda de la oración, el «contenido» del componente semántico de la gramática constará de estructuras profundas, tal como las genera el componente sintáctico, de la forma que hemos descrito en la sección II.

El «resultado» es una serie de «lecturas» de cada oración, en la que se supone que éstas son una «representación semántica» de la oración. Si, por ejemplo, una oración tiene tres significados diferentes, el componente semántico duplicará la competencia del hablante produciendo tres lecturas diferentes. Si la oración no tiene sentido, el componente semántico no producirá ~~la misma lectura para ambas oraciones.~~ Si una oración es «analítica», es decir, si es verdad por definición, porque el significado del predicado va contenido en el significado del sujeto (por ejemplo, «todos los perros son animales» es analítica, porque el significado del sujeto «perro» contiene el significado del predicado «animal») el componente semántico producirá una lectura para la oración en la que la lectura del predicado vaya contenida en la lectura del sujeto.

El gramático chomskyano, al construir un componente semántico, intenta construir una serie de reglas que constituyan un modelo de la competencia semántica del hablante. El modelo debe duplicar la comprensión por parte del hablante de la ambigüedad, de la sinonimia, de la falta de sentido, de la analiticidad, de la contradicción interna, etc. Así, por ejemplo, consideremos la oración ambigua *I went to the bank*. Como parte de su competencia, el hablante de inglés sabe que la oración es ambigua, porque la palabra *bank* tiene por lo menos dos significados diferentes. La oración puede significar bien «fui al banco», bien «fui a la orilla (del río)». El objetivo del gramático es describir esa clase de competencia; la describe construyendo un modelo, una serie de reglas, que la duplicarán. Su teoría semántica debe producir dos lecturas para esta oración.

Si, por otro lado, la oración es *I went to the bank and deposited some money in my account* («fui al banco e ingresé una cantidad de dinero en mi cuenta»), el componente semántico producirá solamente una lectura, porque la parte de la oración que habla de depositar dinero determina que el otro significado de *bank* —a saber, orilla de río— queda excluido como significado posible de esta oración. Así, pues, el componente semántico deberá contener una serie de reglas que describan cuáles son los tipos

de combinaciones de palabras que producen tal tipo de sentido, y se supone que eso explica el conocimiento del hablante sobre qué tipos de combinaciones de palabras en su lengua producen tal tipo de sentido.

Todo eso puede emplearse —y así ha sido por parte de Chomsky y sus seguidores— en una teoría formal muy elaborada; pero, cuando hemos construido una descripción del aspecto que se supone que ofrece el componente semántico, queda una cuestión molesta: ¿Qué son exactamente esas «lecturas»? ¿Qué es lo que se supone que *representa* o *expresa* la ristra de símbolos, que resulta del componente semántico, de tal forma que constituya una descripción del significado de la oración?

El mismo dilema con el que confrontamos a Locke es aplicable en este caso: o bien las lecturas son simplemente paráfrasis, en cuyo caso el análisis es circular o bien las lecturas constan simplemente de listas de elementos, en cuyo caso el análisis falla por insuficiencia; no puede explicar el hecho de que la oración expresa un *juicio*. Consideremos cada brazo del dilema. En el ejemplo que hemos citado más arriba, ante la existencia de dos lecturas diferentes para la frase *I went to the bank*, hemos dado dos paráfrasis inglesas, pero esa posibilidad no existe para una teoría semántica que pretenda explicar la competencia en inglés,

dado que la capacidad de entender paráfrasis presupone la propia competencia que la teoría semántica está buscando la forma de explicar. No puedo explicar la competencia general en inglés mediante la traducción de oraciones inglesas a otras oraciones inglesas. En la literatura de los teóricos semantistas chomskyanos, los ejemplos que se dan de «lecturas» suelen ser más bien malas paráfrasis de oraciones inglesas junto con cierta jerga sobre «marcadores semánticos» y «clasificadores», etc.<sup>11</sup> Se nos asegura que las paráfrasis tienen fines ilustrativos solamente, que no son auténticas lecturas.

Pero ¿qué pueden entonces ser las lecturas? Las coacciones puramente formales colocadas en la teoría semántica no son de mucha ayuda a la hora de decirnos lo que son las lecturas. Solamente nos dicen que una oración que es ambigua de tres formas debe tener tres lecturas, una oración sin sentido no debe tener nin-

11. Por ejemplo, una de las lecturas dadas para la oración *The man hits the colourful ball* ("el hombre golpea la pelota de colores") contiene los elementos: (Algunos definidos por el contexto) (Objeto físico) (Humano) (Adulto) (Macho) (Acción) (Insistencia) (Intensidad) (Choca con un impacto) (Algunos definidos por el contexto) (Objeto físico) (Color) (Abundancia en contrastes o variedad de colores brillantes) (Con forma de globo)) J. Katz y J. Fodor, "The Structure of a Semantic Theory", en *The Structure of Language*, J. Katz y J. Fodor, eds., (Prentice-Hall, 1964), pág. 513.

guna, dos oraciones sinónimas deben tener las mismas lecturas, etc. Pero, las lecturas no necesitaban componerse de palabras, sino que podían estar compuestas de cualquier serie de objetos formalmente especificables sin dejar de cumplir dichos requisitos. Podrían ser numerables, pilas de piedras, coches viejos, ristras de símbolos, cualquier cosa. Supongamos que decidimos interpretar las lecturas como pilas de piedras. En ese caso, para una frase ambigua de tres formas, la teoría nos dará tres pilas de piedras, para una oración sin sentido ninguna piedra, para una frase analítica la disposición de las piedras en la pila predicado irá duplicada en la pila sujeto, etc. Nada hay en las propiedades formales del componente semántico que nos impide interpretarlo de esa forma. Pero, está claro que de esa forma no funciona, porque en este caso, en lugar de explicar las relaciones entre sonido y significado, la teoría ha producido una relación no explicada entre sonidos y piedras.

Al verse confrontadas con esa objeción, los teóricos semánticos siempre dan la misma respuesta. Aún no podemos producir lecturas adecuadas por el momento, finalmente las lecturas se expresarán en un alfabeto semántico universal, que está todavía por descubrir. Los elementos en dicho alfabeto representarán al significado de la misma forma, en gran medida, en que

el alfabeto fonético universal representa ahora las unidades sonoras en todas las lenguas. Pero, ¿escaparía un alfabeto semántico universal al dilema? Opino que no.

O bien el alfabeto es una especie de nueva lengua artificial, un nuevo esperanto, y las lecturas serán una vez más paráfrasis, sólo que esta vez en esperanto y no en la lengua original; o bien nos encontramos ante el segundo brazo del dilema y las lecturas en el alfabeto semántico son simplemente una lista de características de la lengua y el análisis es inadecuado, porque substituye un acto lingüístico por una lista de elementos.

La teoría semántica de la gramática de Chomsky nos da sin duda un aditamento útil e interesante a la teoría de la competencia semántica, ya que nos proporciona un modelo que duplica la competencia del hablante para reconocer la ambigüedad, la sinonimia, la falta de sentido, etc. Pero, tan pronto como preguntamos *qué* es exactamente lo que el hablante reconoce, cuando reconoce una de esas propiedades semánticas o tan pronto como intentamos tomar la teoría semántica como una explicación *general* de la competencia semántica, no puede hacer frente al dilema. O bien nos da un formalismo estéril, una lista no interpretada de elementos, o bien nos da paráfrasis, que no explican nada.

Varios filósofos de la generación anterior<sup>12</sup> que han trabajado para dar una explicación del significado nos han aportado una solución al dilema. Pero aceptar la solución implicaría enriquecer la teoría semántica con formas que hasta ahora no han estudiado Chomsky ni los otros gramáticos de Cambridge. Chomsky caracteriza la competencia lingüística del hablante como la capacidad para «producir y comprender» oraciones. Pero, eso es, en el mejor de los casos, muy engañoso: el conocimiento por parte de una persona del significado de las oraciones consiste en gran parte en su conocimiento de cómo usar oraciones para hacer afirmaciones, formular preguntas, dar órdenes, hacer peticiones, hacer promesas, advertencias, etcétera y comprender a otras personas, cuando usan oraciones para los mismos fines. La competencia semántica es en gran medida la capacidad para ejecutar y comprender lo que los filósofos llaman *actos lingüísticos*.

Ahora bien, si emprendemos el estudio de la competencia semántica desde el punto de vista de la capacidad para usar oraciones, para

12. Por ejemplo, en L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations* (Macmillan 1953); J. L. Austin, *How to Do Things with Words* (Harvard, 1962); P. Grice, "Meaning", en *Philosophical Review*, 1957; J. R. Searle, *Speech Acts, An Essay in the Philosophy of Language* (Cambridge University Press, 1969); y P. F. Strawson, *Logico-Linguistic Papers* (Methuen, 1971).

ejecutar actos lingüísticos, descubrimos que éstos tienen dos propiedades, cuya combinación nos sacará del dilema: están regidos por reglas y son intencionales. El hablante que pronuncia una oración y pretende expresar su significado literal, la fórmula de acuerdo con determinadas reglas semánticas y con la intención de invocar dichas reglas para atribuir a su formulación la ejecución de un acto lingüístico.

Este no es el lugar para recapitular la teoría completa del significado y de los actos de habla<sup>13</sup>, pero la idea básica es ésta. Decir algo y querer decirlo equivale esencialmente a decirlo con la intención de producir determinados efectos en el oyente. Y dichos efectos van determinados por las reglas conectadas con la oración que se pronuncia. Así, por ejemplo, el hablante que conoce el significado de la oración *La flor es roja* sabe que su formulación constituye una afirmación. Pero hacer la afirmación de la flor es roja consiste en ejecutar una acción con la intención de *producir en el oyente la creencia* de que el hablante cree en la existencia de determinado estado de cosas, tal como lo determinan las reglas semánticas conectadas con dicha oración.

La competencia semántica es en gran medi-

13. Véase un intento de descripción de los detalles en J. R. Searle, *An Essay in the Philosophy of Language* (Cambridge University Press, 1969), Capítulos 1-3.



da una cuestión de conocer las relaciones entre intenciones, reglas y condiciones semánticas especificadas por las reglas. Un análisis así de la competencia puede resultar inexacto al final, pero no está abierto a los dilemas obvios que he planteado al empirismo clásico y a los teóricos semantistas chomskyanos. No se reduce a aportarnos una paráfrasis o una lista de elementos. Lo que agrupa a los elementos y los convierte en un acto de habla son las intenciones semánticas del hablante.

El defecto de la teoría chomskiana procede de la misma debilidad que hemos observado anteriormente, la incapacidad de ver la conexión esencial entre lenguaje y comunicación, entre significado y actos lingüísticos. La descripción subyacente a la teoría semántica y, de hecho, a toda la teoría del lenguaje de Chomsky, es la de que las oraciones son objetos abstractos que se producen y entienden independientemente del papel que desempeñan en la comunicación. De hecho, parece como si Chomsky escribiese que las oraciones se usan sólo accidentalmente para hablar con ellas<sup>14</sup>. Lo que afirmo es que cualquier intento de explicar el significado de las oraciones dentro de esas hi-

pótesis o es un círculo vicioso o es inadecuado.

El dilema no es simplemente una trampa para la argumentación, revela una insuficiencia más profunda. Todo intento de explicar el significado de las oraciones ha de tener en cuenta el papel que éstas desempeñan en la comunicación, en la ejecución de los actos lingüísticos, porque una parte esencial del significado de cualquier oración es su potencialidad de que se la use para ejecutar un acto lingüístico. Aquí hay dos concepciones del lenguaje radicalmente diferentes en conflicto: una, la de Chomsky, ve el lenguaje como un sistema formal autosuficiente usado de forma más o menos accidental para la comunicación. La otra ve el lenguaje como un sistema cuyo fin esencial es la comunicación.

Las limitaciones de las hipótesis de Chomsky solamente se revelan con claridad, cuando intentamos explicar el significado de las oraciones dentro de su sistema, porque no hay forma de explicar el significado de una oración sin tener en cuenta el papel que desempeña en la comunicación, dado que existe una conexión esencial entre ambas. En tanto que limitamos nuestra investigación a la sintaxis, sobre la que versa, de hecho, la mayor parte de la obra de Chomsky, es posible ocultar las limitaciones de metodología, porque la sintaxis se puede estudiar como un sistema formal independiente-

14. Por ejemplo, los significados, escribe, "no necesitan implicar comunicación o incluso el intento de comunicar", *Problems of Knowledge and Freedom* (Pantheon Books, 1971), pág. 19 (trad. española. Barcelona, Ariel, 1972).

mente de su uso, de la misma forma que podemos estudiar el sistema de la moneda y del crédito independientemente del hecho de que la gente usa el dinero para comprar cosas con él o podríamos estudiar las reglas del béisbol como un sistema formal independientemente del hecho de que el béisbol es un juego que la gente juega. Pero, tan pronto como intentamos explicar el significado, la competencia semántica, una metodología puramente formalista como es ésta no se sostiene, porque no puede explicar el hecho de que la competencia semántica es mayormente una cuestión de saber cómo hablar, es decir, cómo ejecutar actos de habla.

La revolución de Chomsky es en gran medida una revolución en el estudio de la sintaxis. Obviamente, el paso siguiente en el desarrollo del estudio del lenguaje es injertar el estudio de la sintaxis en el estudio de los actos lingüísticos. Y no es lo que está ocurriendo de hecho, a pesar de que Chomsky sigue luchando en la retaguardia contra ello, o, por lo menos, contra la versión que los semantistas generativistas, que siguen construyendo su propia obra, presentan ahora.

Hay, creo yo, varias razones por las que Chomsky se muestra reacio a incorporar una teoría de los actos lingüísticos a su gramática: en primer lugar, tiene una concepción errónea de la distinción entre ejecución y competencia.

Parece como si pensase que una teoría de los actos de habla debe ser una teoría de la ejecución más que de la competencia, porque no ve que en última instancia la competencia es competencia para ejecutar y que, por esa razón, un estudio de los aspectos lingüísticos de la habilidad para ejecutar actos lingüísticos es un estudio de la competencia lingüística. En segundo lugar, Chomsky parece tener además la sospecha de que cualquier teoría que trate el acto lingüístico, un fragmento del comportamiento lingüístico, como la unidad básica del significado tiene que implicar por fuerza una especie de concesión al behaviorismo. Nada podría estar más alejado de la verdad. Una de las ironías de la historia del behaviorismo es la de que los behavioristas no hayan visto que el concepto de acción humana tiene que ser un concepto «mentalista» e «introspectivo», dado que implica esencialmente el concepto de *intenciones* humanas.

El estudio de los actos lingüísticos es, efectivamente, el estudio de cierta especie de comportamiento humano, pero, por esa razón, está en conflicto con cualquier forma de behaviorismo, el cual es incapaz de estudiar el comportamiento humano. Pero la tercera, y más importante, razón, creo yo, es la creencia de Chomsky, solamente en parte formulada, de que el lenguaje no tiene ninguna conexión con

la comunicación, sino que es un sistema abstracto formal producido por las propiedades innatas de la mente humana.

La obra de Chomsky es uno de los logros intelectuales más importantes de la era actual, comparable en alcance y coherencia a la obra de Keynes o de Freud. Ha hecho algo más que producir simplemente una revolución en lingüística; ha creado una nueva disciplina, la gramática generativa, y está teniendo efectos en otras dos materias, filosofía y psicología. No es el menor de sus méritos el de aportar un instrumento extraordinariamente poderoso para quienes discrepan con respecto a muchas características de la aproximación al lenguaje de Chomsky. A largo plazo, creo que su mayor contribución será haber dado un paso gigantesco hacia la restauración de la concepción tradicional de la dignidad y la singularidad del hombre.

## BIBLIOGRAFÍA

Breve bibliografía de obras apropiadas para los principios discutidos en este artículo:

1. Noam Chomsky, *Syntactic Structures* (Humanities Press, 1957). Primer libro de Chomsky, ahora anticuado, pero todavía se debe leer como formulación clásica del ataque contra el estructuralismo.

2. Noam Chomsky, *Language and Mind* (Harcourt, Brace and World, 1968, 1972). (Trad. castellana: *Lenguaje y pensamiento*, Barcelona, Seix Barral). Serie de tres conferencias que dio Chomsky en Berkeley en 1967. Constituye la formulación más clara que ha hecho Chomsky de las relaciones entre su teoría del lenguaje y su teoría de la naturaleza humana. Por este libro debe empezar a leerse la obra de Chomsky. Ahora existe una edición que contiene tres artículos más.

3. Noam Chomsky, *Cartesian Linguistics* (Harper & Row, 1966). (Trad. castellana: *Lingüística cartesiana*, Madrid, Gredos; trad. catalana: *Lingüística cartesiana*, Barcelona, Seix Barral, Colección "Victor Seix"). Intento de rastrear los antecedentes de la teoría del lenguaje de Chomsky desde los filósofos racionalistas del siglo XVII.

4. Noam Chomsky, *Topics in the Theory of Generative Grammar* (Humanities Press, 1966). Creo que ésta es la formulación más sencilla y más fácil de entender que ha hecho Chomsky de sus ideas lingüísticas fundamenta-

les, aunque los desarrollos realizados desde que se publicó han dejado anticuadas algunas de sus partes.

5. Noam Chomsky, *Aspects of the Theory of Syntax* (MIT Press, 1965). (Tr. castellana: *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Madrid, Aguilar). La formulación clásica de la teoría madura tal como aparece descrita en la Sección II de este artículo. La mayoría de las discusiones sobre, por ejemplo, la semántica generativa, parten de este libro. Es difícil de seguir, a no ser que se hayan leído primero los números 2, 4 y 6 de esta bibliografía.

6. John Lyons, *Noam Chomsky* (Viking Press, Modern Masters, 1970). La introducción más sencilla y más clara a la obra de Chomsky y a los conceptos básicos de la gramática generativa. Es muy poco crítica, especialmente al hablar de la pretendida conexión entre las ideas lingüísticas de Chomsky y sus ideas políticas, pero es el mejor libro con el que empezar el estudio de la gramática generativa. Léase primero este libro y después a Chomsky.

7. D. Steinberg y L. Jakobovitz, *Semantics, An Interdisciplinary Reader in Philosophy, Linguistics and Psychology* (Cambridge University Press, 1971). Una colección de ensayos absurdamente cara (16,50 \$), pero útil. Algunos atacan la pertinencia de la explicación del lenguaje dada en *Aspects of the Theory of Syntax*.

8. J. R. Searle, ed., *The Philosophy of Language* (Oxford University Press, 1962, 1971). Una colección de ensayos, en edición de bolsillo, que abarca tanto el análisis del lenguaje de la teoría de los actos lingüísticos como la gramática generativa.

9. J. L. Austin, *How to Do Things with Words* (Harvard University Press, 1962). Las conferencias sobre William James que dio Austin en Harvard en 1955. Contiene la exposición clásica de la teoría de los actos lingüísticos.

10. J. R. Searle, *Speech Acts, An Essay in the Philosophy of Language* (Cambridge University Press, 1969). Contiene la teoría de los actos lingüísticos subyacente a las observaciones hechas en la Sección V de este artículo.

11. D. A. Reibel y S. A. Shane, eds., *Modern Studies in English, Readings in Transformational Grammar* (Pren-

tice-Hall, 1969). La gramática generativa ha producido una industria de las antologías. De las colecciones dedicadas exclusivamente a la sintaxis, ésta y la siguiente me parecen las más útiles, aunque ambas contienen algunos artículos totalmente técnicos.

12. R. A. Jacobs y P. S. Rosenbaum, eds., *Readings in English Transformational Grammar* (Ginn & Company, 1970). Todos los artículos de este volumen tratan el concepto de estructura profunda. El libro está construido en torno al tema de fijar, criticar y en algunos casos, corregir la concepción de la sintaxis en *Aspects of the Theory of Syntax*.